



## CAPITULO XXXIII

### PITTSBURGO

El paisaje.—Aspecto distinto del país.—La región minera.—Producciones.—Riqueza.—El gas natural.—El Hotel Duquesne.—*Home, sweet home!*—Visita desgraciada á algunas fábricas.—Calor insoportable.—Progreso de Pittsburgo.—Esperanzas.

Unas pocas horas de viaje en ferrocarril nos bastaron para dejar el territorio de Ohio y penetrar en la región montañosa occidental del de Pensilvania. Pasando de la orilla izquierda á la derecha del Ohio sobre un gran puente, nuestra vista se alegró con el espectáculo de montañas inmediatas y paisajes variados, ora á la orilla del río, por el fondo risueño de pequeños valles, bien atravesando las gargantas de los cerros y contemplando perspectivas austeras formadas por un conjunto de rocas, bosques y nubes. En más de 700 leguas de viaje sólo habíamos visto llanuras: yá sentíamos nostalgia, y empezábamos á suspirar por nuestros Andes. Afortunadamente empezábamos el paso de los Alleghanies, en medio de los cuales está sentada Pittsburgo, en el sitio en que el Alleghany y el Monongahela juntan aguas y cambian sus nombres por el de Ohio. Nacen estos dos ríos en aquellas montañas: hacia el Norte el primero, hacia el Sur el segundo, de suerte que forman un solo valle de considerable extensión en línea Norte-Sur: al unirse, como si de la fuerza igual con que verifican su encuentro resolviesen por transacción tomar un término medio, sus corrientes se dirigen hacia el Oeste; en el centro de ese valle triangular se levanta la ciudad.

Por consiguiente, el paisaje tiene la belleza propia de esas tres funciones de la naturaleza: ríos, valles, montañas.

El caserío, principiado en el ángulo agudo formado por los dos ríos en su confluencia, se ha extendido hasta las colinas que limitan el valle al Oriente, y brincado luégo á la orilla derecha del Alleghany y á la izquierda del Monongahela, los cuales atraviesa en cinco ó seis magníficos puentes el primero y dos ó tres el segundo. Por todas partes actividad y movimiento: sobre los ríos los vapores, y grandes barcazas llenas de carbón, arrastradas por remolcadores; en tierra, las locomotoras de numerosos ferrocarriles, los tranvías, los ómnibus y los coches. Los alambres de los telégrafos y de los teléfonos sobre los techos de las casas oscurecen el aire. Mil chimeneas altísimas de sus fábricas envían hacia el cielo sus columnas de humo.

El aspecto general de la región ha cambiado del todo. A la agricultura animada y campos cultivados de las praderas de Illinois, Indiana y Ohio, ha sucedido la fisonomía singular de un país minero. Por todas partes montañas de agrias pendientes llenas de agujeros de las boca-minas; terrenos revolcados; color rojo y amarillo en las faldas de las colinas; señales de carbón y de hierro por dondequiera; hornos inmensos que despiden llamas y arrojan torrentes de humo por sinnúmero de chimeneas; molinos de viento; canales cubiertos de botes tirados por caballos; grandes acueductos; canteras en explotación; casas de madera de aspecto pobre pero aseado, acompañadas de una pequeña huerta y de un jardincito al frente, á la orilla de los canales y de los ríos; en todas partes pirámides inmensas de carbón y de mineral de hierro. El carbón y el hierro son las divinidades protectoras de la comarca.

Ignoro cuánto sea en toneladas la producción de carbón en el distrito de Pittsburgo; pero su valor que, en 1886 se computaba en más de \$ 20.000,000, me hace pensar que no debe de bajar de 10.000,000 el número de aquéllas. La de todo el Estado de Pensilvania pasaba de 40.000,000 de toneladas.

La de hierro fundido alcanzaba á la décima parte de la de toda la Unión; es decir, á más de 600,000 toneladas; pero el consumo de hierro maleable, de todas procedencias, en sus grandes fábricas pasaba de 1.500,000 toneladas: en rieles solamente alcanzó, en 1886, á 1.305,000, y el valor de este artículo á más de \$ 40.000,000.

La fabricación de maquinaria para molinos, fábricas de vapor, etc., pasaba de \$ 5.000,000.

La de calderas para vapores, locomotoras, etc., formaba artículo aparte por más de \$ 2.000,000. La mayor parte de los vapores que navegan el Magdalena son construídos en Pittsburgo.

Veintidós grandes factorías productoras de acero de Bessemer dan artículos que representaron, en 1886, \$ 28.000,000.

La fabricación de puentes de hierro para todos los países del mundo es allí una especialidad, estimada en \$ 6.000,000 anuales.

La manufactura, sin embargo, que ofrece rivalizar y superar á todas las demás, es la de vidriería y cristalería. Más de ochenta fábricas de estos artículos dan al consumo efectos de todo género, desde botellas comunes y vidrios planos, hasta los finos servicios para la mesa de los millonarios, por un valor de más de \$ 10.000,000, en el año ya mencionado.

Un producto espontáneo de la tierra, perdido antes, aprovechado de pocos años á esta parte, el *gas natural*, ha venido á dar á Pittsburgo una superioridad, no sé si real ó si en parte imaginaria, en la fabricación de estos artículos, así como en los de hierro y acero.

El gas natural y el petróleo son dos elementos de luz y de calor, cuyo descubrimiento, en la segunda mitad de este siglo, ha sido una fuente de comodidad y riqueza inapreciable para el hombre, y ambos han sido encontrados por primera vez en las inmediaciones de aquella ciudad. El petróleo, como es sabido, es un aceite depositado en ciertas partes profundas de la tierra, de

donde se le extrae por medio de tubos de hierro hundidos á la profundidad de 200 á 1,000 metros. Asentado y depurado por medio de procedimientos sencillos, arde en mechas de algodón empapadas con él y produce una luz vivísima, en extremo barata: cuarenta, cincuenta ó cien veces más barata que la obtenida del sebo en las bujías. Propagado en todo el mundo, pronto llegó á ser uno de los principales artículos de exportación de los Estados Unidos, y aunque en competencia con el gas de carbón, también muy barato, en la producción americana llegó á representar algo como \$ 100.000,000 anuales, valor de más de 1,200.000,000 de galones. Después se le ha encontrado en muchas otras partes, sobre todo en Rusia, y la abundancia con que se le ha ofrecido en los mercados ha envilecido sus precios. Un galón de petróleo, que puede dar durante cuatro meses, encendido cinco horas por noche, una luz equivalente á la de cinco bujías, vale apenas en Oil City ó en Pittsburgo *cinco centavos*. Yá, pues, no es artículo de tanta codicia; pero con él se han levantado en el Estado de Pensilvania numerosas fortunas, que cuentan millones de pesos por decenas en el balance de los libros de cuentas: sobre todo, hombres que anocheían pobres y amanecían millonarios cuando el cincel de la máquina de perforar había tropezado con la fuente del petróleo y traído el precioso artículo á la superficie. Yá hoy no es mina de oro de filón abundante, pero siempre es una riqueza de mucha consideración.

A ella ha venido á agregarse el gas natural, conocido desde hace más de medio siglo, introducido en la industria, á título de ensayo desde 1874, popularizado con furor desde 1883. El gas producido por la combustión de ciertas variedades de carbón mineral—despojados de algunos principios, utilizables los unos, perjudiciales al hombre otros—constituye un artículo de iluminación importante en las ciudades; de cuya importancia puede tenerse alguna idea, sabiendo que en Londres, en donde es muy barato el carbón, cuesta la iluminación de las calles públicas cerca de \$ 2.500,000 anuales, y más de \$ 3.000,000 en la de París. También servirá para juzgar de la importancia de este negocio este dato: la Compañía de gas de la ciudad de París tuvo

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

en 1880 entradas por valor de \$ 17.250.000, y utilidad neta de \$ 7.500,000.

Empero, en estas empresas, para obtener el gas, se necesita primero comprar el carbón, quemarlo en grandes hornos provistos de aparatos costosos para generar, purificar, almacenar y enviar el gas á los lugares en que se le ha de consumir; en una palabra: montar á grandes gastos establecimientos complicados. En consecuencia, la producción tenía límites intraspasables: sólo podía aplicársela al alumbrado de las calles y casas, pero no á otros usos.

Entonces fue hallado el gas natural. En la perforación de pozos de petróleo solía aparecer un gas que se inflamaba al contacto de la llama. Considerado en un principio como un embarazo perjudicial á los trabajos, luego se ensayó su aplicación á los hornos de las herrerías, y venciéndose al fin las dificultades que para su conducción en tubos de hierro oponía, en 1883 llegó á ser un artículo de consumo general no sólo en las herrerías y talleres de maquinaria, sino en los usos domésticos de las casas particulares, á las que se le lleva de una manera tan sencilla como el agua de los acueductos. En los primeros alimenta la hoguera de los hornos y da luz para el trabajo nocturno; á las últimas suministra fuego para las cocinas, calor en las chimeneas durante los meses de invierno, y alumbrado en todas las piezas por la noche. Tiene la ventaja de ser un agente perfectamente aseado, de fácil manejo por medio de llaves, de no exigir depósitos ni carboneros; se puede graduar á voluntad, no engendra humo como el de carbón, ni ofrece peligro de diseminación fuera de los lugares destinados á su empleo.

Para las herrerías y las fábricas de cristales y vidrios tiene una cualidad inapreciable y es su pureza: no contiene fósforo ni azufre: la combinación de los cuales, aun en los carbones de mejor calidad, hace quebradizo el hierro ú opaco el vidrio; no tiene gastos de acarreo ni ocupa espacio en el almacenaje. Por medio de tubos cuya colocación es fácil de alterar á voluntad, se le puede poner en el primero ó en el séptimo piso, á derecha ó á

izquierda, dentro ó fuera de las piezas. A pesar de todas estas ventajas su precio se gradúa á la mitad de lo que costaría el carbón mineral en el mismo empleo, y se le calcula en las transacciones no por el número de pies cúbicos, como el gas de carbón, sino por el de toneladas de carbón que desaloja ó reemplaza en el consumo. De esta suerte se computa que en Pittsburgo se ha economizado el de 4.000,000 de éstas, las cuales á su vez no son perdidas: se las ha podido llevar á vender á los vapores del Mississippi, ó á las fábricas de San Luis, Cincinnati, Chicago y Filadelfia.

La economía en el combustible y la superior calidad de éste han ejercido una influencia favorable en las fábricas de Pittsburgo. En esa ciudad creen poder superar á todos sus rivales de Europa y América en la producción de efectos de hierro, acero, cristal, vidrio, loza y porcelana, tanto en calidades como en precios, y es la primera cosa á la que en las visitas á las fábricas llaman sus administradores la atención del viajero. Hasta ahora sólo se le ha encontrado en los dos Estados de Pensilvania y Ohio, en donde Murraysville es el centro principal en el primero y Dayton en el segundo, y había dado origen en 1887 á la colocación de unas 350 leguas de tubería de hierro para distribuirlo; pero la extensión del negocio se continuaba con ardor febril. En Pensilvania había 75 compañías organizadas para explotarlo, y se calculaba que el uso de él producía yá, en 1886, en los dos Estados, \$ 13.500,000 anuales. En Pittsburgo no se dudaba de que antes de diez años llegaría á ser, á favor de esa riqueza natural la primera ciudad manufacturera del orbe. Los americanos no acostumbran aspirar á superioridades relativas: las quieren siempre absolutas. Y en efecto, causa admiración encontrar un pueblo dotado, además de una superioridad de genio industrial indisputable, de tantos dones espontáneos de la naturaleza en la tierra que habitan.

Llanuras inmensas tan adecuadas á la construcción de vías comerciales; uno de los más vastos sistemas de ríos y de lagos para la navegación interior; carbón mineral en yacimientos de más extensión que en ninguna otra parte del mundo; materiales

de construcción inagotables y de fácil extracción; minas de cobre en el lago Superior, más ricas que todas las demás conocidas; aluviones de oro y vetas de plata que producen más de la mitad de la suma que de ellos se extrae en el mundo: y todos los días riquezas naturales nuevas con que hacer barata y cómoda la vida humana, como el petróleo y el gas natural. Razón tienen los americanos del Norte para alimentar tanta fe en sus destinos. No vayan, sin embargo, á creerse como los judíos, "el pueblo escogido de Dios", y á desarrollar como éstos ese espíritu de egoísmo que los ha hecho el blanco de la persecución y el odio de todas las naciones!

Pittsburgo tiene, como toda las ciudades americanas, los mismos rasgos característicos: aseo encarecido; gran provisión de agua potable; calles anchas sombreadas por grandes árboles; parques umbrosos llenos de misterio; espléndidos edificios públicos; iglesias en profusión y hoteles no superados en comodidad y magnificencia. Tocónos alojamiento en el *Hotel Duquesne*, administrado por un alemán, cuyo nombre siento vivamente haber olvidado, del cual recibimos, sin introducción ni recomendación alguna, la más afectuosa acogida. Diónos muy buenas piezas de habitación; mostrónos en el momento el gas natural en las chimeneas del salón, del comedor y de las hornillas de sus cocinas, artículo de que no teníamos la más ligera noticia; proveyónos de tarjetas suyas con introducción para los administradores de las fábricas principales de la ciudad, y en la primera noche nos llevó, á sus expensas, á un gran concierto que daba una afamada Compañía musical de Nueva York, de paso en ese día por la ciudad.

Era inmenso el salón: podía contener de dos á tres mil oyentes, y estaba lleno hasta el tope de una sociedad escogida, muy culta, bien vestida, entusiasta por la música. Tuve placer indecible en oír ejecutar, acompañada por una orquesta inmejorable y con un coro de doscientas voces, en que sobresalía una voz de soprano fresca y pura, esa canción de tanta melancolía y tanto consuelo para los ingleses y americanos ausentes de su patria: el *Home, sweet home!*

Be it ever so humble, there's no place like home!  
A charm from the skies seems to hallow us there,  
Which seek through the world, is not met with elsewhere

An exile from home, splendours dazzles in vain.  
Oh, give me my lowly thatched cottage again.

Home! home! sweet home!  
There's no place like home!

Yo había oído esta canción en Bogotá sin sentir la dulce tristeza que respiran las palabras y la música; pero al oírla á mil leguas de mi país me levanté, como movido por un resorte, preguntando á nuestro compañero qué era ese canto:

—¡Qué ha de ser! me contestó, con una lágrima suspendida en las pestañas: es *Sweet Home*.

No fuimos muy afortunados en nuestras visitas á las fábricas. En una de artículos de hierro estaba ausente el administrador en el momento de nuestra llegada, y nos acompañó á mostrarnos los diversos trabajos un muchacho de mala voluntad, sin darnos explicación ni pormenores algunos. Nos fatigó pronto el papel de necedad é ignorancia que estábamos representando y nos retirámos.

Entrámos luégo á otra de vidrios y cristales. Allí nos tomaron, según pudimos percibir, por franceses deseosos de sorprender los secretos de sus fabricaciones, y con muy mala voluntad nos llevaron al almacén á ver los productos; pero no á los talleres ni á las fraguas. Era visible el mal humor que causaba nuestra visita, á pesar de la cortesía que en lo general distingue á los directores de esos establecimientos. Dimos las gracias, nos despedimos y pasámos á una fundición de hierro vecina.

Por una de esas desigualdades temibles del clima de los Estados Unidos, en ese día de primavera reinaba una calor canicular. El termómetro marcaba 104° Fahrenheit (39.6° centígrados), que unido al fuego de los hornos tomaba las proporcio-



nes de una temperatura senegaliense. No pudimos resistir mucho tiempo. Salimos á buscar fresco á la orilla de uno de los ríos y á la sombra de árboles compasivos. Si hubiera sido yo rey habría exclamado como Carlos I: "mi reino por una hamaca!"; pero ese instrumento no tiene aplicación todavía en las ferre-rías del Oeste.

Investigámos el precio de algunos artículos de cristalería y nos parecieron en extremo caros. En París vimos algunos meses después los mismos artículos de procedencia americana, exhibidos como producto de superior calidad. Salvo error en mis recuerdos, me pareció que allá pedían precios notablemente inferiores á los de Pittsburgo. Seguramente los fabricantes envían á vender al exterior, á precio rebajado, lo que en los Estados Unidos no encuentra comprador. La falta de competencia determinada por la altísima tarifa americana, unida á la riqueza del país, permite vender allí á precios muy altos. En los mercados extranjeros la ley de la competencia impone más moderación en las ganancias.

---

La localidad de Pittsburgo á la cabeza de la navegación del Ohio, llamó la atención, desde mediados del siglo pasado, tanto á los ingleses como á los franceses, que entonces se disputaban la posesión de esos desiertos. Los primeros construyeron un fuerte en la confluencia de los dos ríos; pero fueron desalojados por los segundos, quienes á su vez construyeron el fuerte *Duquesne* y rechazaron una expedición inglesa enviada contra ellos, en la cual hacía armas por primera vez (1755) el entonces coronel de milicias de Virginia, Jorge Washington. Batidos al fin en 1758, los ingleses construyeron otra fortaleza, á la que dieron el nombre de Pitt, en honor del primer hombre de Estado de este apellido, conocido en la historia con el de Lord Chattam; de aquí el de Pittsburgo. En 1777 tuvo principio la hoy importante industria de construcción fluvial, con la de algunos botes; en 1784 fue abierta la primera mina de carbón; en 1796 inicia-

da la primera fábrica de cristales, y en 1798 una de papel. Sin embargo, en 1800 la población apenas alcanzaba á 1,565 habitantes.

En 1837 yá subía á 30,000.

En 1880 contaba 156,000, y con Alleghany, que tenía 78,000,—238,000. Hoy pasará de 300,000.

Esta es una ciudad muy importante. Llama la atención en ella la naturaleza superior de sus empresas, todas las cuales requieren grandes capitales, poderosa organización, alto genio mecánico y grandes conocimientos en física, química y geología. De esta naturaleza son las de construcción de buques de vapor, las de locomotoras, las de máquinas y aparatos de vapor de diversas aplicaciones, y las de extracción de petróleo y gas natural.

Se considera como circunstancia adversa para ella la inestabilidad en el rendimiento de las fuentes de este combustible, cuya naturaleza es todavía poco conocida, las cuales suelen agotarse repentinamente sin saberse por cual motivo, con grave perjuicio de las fábricas, que tenían por base esa fuente de calor para sus trabajos. Se teme por algunos también que la constante extracción de aceite y gases del seno de la tierra, de la que naturalmente debe resultar un gran vacío, pueda ser causa de algún hundimiento de los terrenos, acompañado de gran pérdida de vidas y de riquezas. Poco se preocupan, sin embargo, de esa posibilidad en Pittsburgo, cuyos habitantes no cederían sus propiedades á los conventos en las vísperas del *millenium*, y aun es de dudar si entregarían las ruinas en pago de las hipotecas.

Muy corta fue nuestra residencia en esa ciudad: nos derro-  
tó el calor excesivo, y tomámos el tren para Washington.

